




Eduardo Cáceres Morales

**Espacio y sociedad en la
ciudad contemporánea**

02
Curso académico 2008-2009
Colección Lecciones Inaugurales


UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS
DE GRAN CANARIA



COLECCIÓN LECCIONES INAUGURALES

02

Eduardo Cáceres Morales

Espacio y sociedad en la ciudad contemporánea

Lección Inaugural del curso académico 2008-2009
22 de septiembre de 2008



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS
DE GRAN CANARIA



2008

COLECCIÓN LECCIONES INAUGURALES, Nº 02

Lección inaugural leída en el solemne acto de apertura del
curso académico 2008-2009

© Eduardo Cáceres Morales
© Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Primera edición, 2008

D.L.: GC 954-2008

Preimpresión:
Servicio de Publicaciones y Difusión Científica de la ULPGC

Fotografías:
Eduardo Cáceres Morales

Impresión:
Litografía Gráficas Sabater

Impreso en España. *Printed in Spain*

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso del editor

ESPACIO Y SOCIEDAD EN LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA

Excmo. Sr. Presidente de la Comunidad Autónoma, Excmo. y Mgfc. Sr. Rector de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Excmo. y Mgfc. Sr. Rector de la Universidad de la Laguna, Excma. Sra. Consejera de Educación, Universidades, Cultura y Deporte, Excmas. e Ilmas. Autoridades, compañeros y amigos, señoras y señores.

Es para mí un honor poder dirigirme a Uds. en esta inauguración del curso 2008/2009 para trasladarles algunas ideas sobre la sintomatología de la ciudad contemporánea.

Para ello me basaré en las relaciones entre dos conceptos complejos por su amplia interpretación y significado, **espacio** y **sociedad**, pero que son esenciales para explicar el fenómeno urbano, tal y como lo entendemos hoy. Una relación que, a

nuestro entender, se hace preciso clarificar por la aparente falta de jerarquía de valores que se observa en estos tiempos, cuando se trata de hablar de comportamientos éticos respecto a la construcción y uso de la ciudad en que vivimos.

Quisiéramos, por tanto, hablarles de cómo determinadas prácticas sociales y económico-políticas, en la forma de ocupar y producir el espacio urbano, marcan las pautas para poder clarificar y calificar la ciudad. La relación entre los dos términos enunciados tiene pues, determinadas especificidades que conviene saber. Conviene saber en qué espacio vivimos y cómo influye nuestra sociedad (sociedad globalizada) para que esa/esta ciudad sea de la forma que es.



Sin embargo, antes de introducirnos en las características de la ciudad contemporánea nos interesa exponer, a efectos didácticos y de forma muy simplificada, el rol histórico que ha ido tomando la ciudad, sobre la base de los conceptos antedichos, hasta llegar a nuestros días.

Es de todo conocido que, desde que la raza humana se hace sedentaria, comienza un proceso de antropización que se traduce en la apropiación del espacio mediante la creación de asentamientos estables de comunidades.

No obstante, es preciso matizar que el nacimiento de la ciudad no es equivalente al de un asentamiento poblacional. Tal como dice Paul Singer, aunque la agricultura no se incluye entre las actividades urbanas fundamentales, es necesario esperar hasta que se produzca en ese ámbito económico una mejora técnica que haga posible la producción de excedentes (es decir, más de lo estrictamente necesario para su subsistencia) y, consiguientemente, comience el intercambio de bienes con otras comunidades. De aquí surgirá necesariamente una cierta organización social y una relación de dominación entre un estamento absentista que controla y obtiene beneficios netos y un estamento que produce directamente.

La evolución de este proceso da lugar al sistema de producción esclavista y a la aparición de las primeras ciudades como tales, las “ciudades estado”, que están constituidas por un espacio acotado pero, dentro del cual, se produce automáticamente una segregación por castas, de acuerdo con el nivel de privilegios a los que, cada una de ellas, tienen acceso.

Las sociedades griega y romana aunque mantengan básicamente el sistema de producción, que sigue siendo esencialmente esclavista, también se nutre de la extracción de productos básicos (metales, cereales, etc.) de los territorios dominados mediante guerras de conquista.

Pero, socialmente, añaden dos nuevas características básicas a la ciudad: por una parte, las instituciones y las reglas de funcionamiento colectivo, que se hacen esenciales en la organización social (aunque se muevan entre periodos más o menos autocráticos o democráticos) y, por otra parte, aparece la condición de ciudadano (individuo perteneciente a la ciudad).

De aquí que el espacio urbano también sufra también un significativo cambio, existirá ahora un espacio público y un espacio privado. El ágora o el foro se convertirán en un nuevo ámbito específico para la ciudadanía.



Foro de la ciudad romana de Pompeya

Con la destrucción de estas sociedades por las llamadas “invasiones bárbaras”, el sistema de producción toma un giro importante. Aparece el vasallaje y, como consecuencia, la sociedad se divide en estamentos estancos: la nobleza y los vasallos. El vasallaje es una especie de *estatus quo* mediante el cual el señor noble defiende e imparte justicia al pueblo llano a cambio de una parte de la producción que proporcionan estos últimos.

La ciudad se repliega y la organización social cae en un periodo oscurantista, propiciado en buena parte por ideología de la iglesia que, junto a la nobleza, también es propietaria de la tierra y, por tanto, se apropia igualmente de los excedentes de producción. Aparece así la economía de la autarquía.

La ciudad renacerá, en los siglos XIV y XV de la mano de una nueva clase social, los comerciantes, que, progresivamente, se harán financieros, pero que, al mismo tiempo, reconstruirán las instituciones. Tal como expone Max Weber, son precisamente las instituciones sociales las que dan carácter y contenido a esta nueva ciudad, la ciudad mercantil.

Hay dos ámbitos geográficos significativos. El primero, el norte de Italia, (Génova, Florencia, Venecia, etc.) donde aparecen las ciudades principescas, donde se acumula una riqueza muy importante y ostentosa producto del comercio y la banca, que financiaba nuevos ámbitos de monopolio comercial. Aquí

el espacio toma una nueva dimensión: es isotrópico y compartido por todas las clases sociales. El ciudadano recupera la ciudad.

El segundo es el norte de Europa donde aparece la “Liga Hanseática” organización de ciudades alemanas y de los Países Bajos a las que se unen antiguas ciudades eslavas y otras de nuevo establecimiento en el Este del mar Báltico como es el caso de Gdansk, Elkin, Riga, etc., y que comerciaban con madera, pieles, resina, miel, centeno y trigo desde el Oeste a Flandes e Inglaterra y con ropa y productos manufacturados a la vuelta. Eran ciudades libres o que habían obtenido tal privilegio por el creciente poder de la Liga.

Mucho antes de que la revolución francesa estableciera la supremacía de la clase burguesa, todas estas ciudades (del norte de Alemania, por ejemplo) gozaban de figuras jurídicas que implicaba que rendían cuentas directamente al Emperador, sin ningún intermediario nobiliario. En ciudades como Hamburgo y Ámsterdam, no solo estaba organizado un complejo sistema comercial, sino que además controlaban el ámbito financiero, (la aparición de la banca estará basada en la circulación de los pagarés), desplazando a la nobleza, que en muchos casos debe endeudarse con la Liga.

En este sentido, Ámsterdam es un modelo paradigmático. En esta ciudad la clase burguesa, que se hace dueña del poder



político y económico, recupera las instituciones cívicas que dominan el ámbito civilizado hasta el siglo VXII y, de paso, construyen un nuevo espacio urbano (la ampliación de los tres canales) que es todo un ejemplo de construcción funcional (urbanística y arquitectónica) al servicio de una sociedad organizada económica y socialmente.

Maurice Dobbs sostiene la tesis de que la aparición del capitalismo es un proceso, no una ruptura histórica. La acumulación de capital y los avances tecnológicos (la invención de la máquina de vapor y las técnicas de producción del acero) permiten a la burguesía tomar definitivamente el poder. Y será así como se dará paso, de esta forma, al sistema de producción capitalista apoyado en la extracción de las plusvalías a una masa proletaria procedente del medio rural. La división en clases, según su capacidad económica, se hace profunda.

Esta burguesía capitalista crea su propio espacio, la ciudad industrial, aparentemente homogénea (igualdad de oportunidades, igualdad de accesibilidades; la ciudad de los ensanches) pero que, en el fondo, encierra una segregación espacial, en este caso de graves consecuencias, por la dimensión del fenómeno. Se ahonda la división entre la ciudad burguesa central y la periferia. El crecimiento de las ciudades es, desde mediados del siglo XIX, espectacular.

Porque no hay que olvidar que, una de las transformaciones más importantes que trae la burguesía, es el concepto de propiedad. La burguesía convierte el espacio urbano en un bien de cambio y a la ciudad en una fábrica de creación de productos inmobiliarios de donde también se extraen plusvalías fundiarias. La ciudad, en sí misma, como espacio construido, pasa al campo de la economía. Las consecuencias sociales son dramáticas como se puede ver en la descripción que hace de la clase obrera en Manchester, Friedrich Engels.

Las luchas sociales de finales del siglo XIX entre el proletariado y la burguesía capitalista, crean un caos que nos hará pensar en un nuevo paradigma: “la ciudad ingobernable” de la que solo se saldrá tras las dos guerras mundiales.

Tras este colapso brutal, en la reconstrucción posbélica de los años 50 la sociedad capitalista establecerá un pacto por una nueva ciudad que lleva implícita la aceptación de muchas de las reivindicaciones de la clase obrera: sanidad, educación, tiempo libre, limitación del trabajo, vivienda social etc. Es lo que se denominará el “Welfare State” (el Estado del Bienestar) y con él la “ciudad reformista” que, sin negar las contradicciones del sistema y la segregación e injusticias sociales que aun existen, impone la “ideología urbana”, que implica una construcción del espacio como normativa, incluyendo no solo reglas funcionales sino comportamientos adecuados y coherentes con la “construcción social”. Emerge el principio de

igualdad ante el estado y este se mueve hacia la compensación distributiva y los servicios sociales. Se reconstruye de esta forma, la figura del “ciudadano”.

El nuevo espacio está caracterizado por las grandes promociones de viviendas y servicios de iniciativa estatal, entre ellos los parques y espacios verdes dentro del entramado urbano. La vivienda y la nueva ciudad pasan a ser un problema de estado.

Todo ello, hasta los años setenta del siglo XX, donde una importante crisis energética rompe este pacto, y aun esta ideología, que es sustituida por lo que se ha denominado el “neoliberalismo”. Hay un cambio en las formas de gobierno de la ciudad, ahora dominadas por nuevas instituciones relacionadas directamente con la élite económica y empresarial.

Es así como se establecen nuevas formas de gobierno local, basados en “paternariados” publico/privados y, como consecuencia, se privatizan los servicios públicos competitivos o se transfieren al sector privado el mantenimiento de los mismos y de las infraestructuras y, en esencia, existirá un control directo de las instituciones por esta nueva élite.

Espacialmente se empieza una reconstrucción de la ciudad tradicional con la creación de áreas de oportunidad para oficinas y viviendas especulativas. Y, coetáneamente, comienza la tendencia a crear “ghettos” de “almacenes” para los “sin

techo” o nichos marginados para habitantes de baja renta. Y en paralelo, se crean comunidades barrera y espacios “purificados” para la reproducción social.

La nueva imagen es entonces la “ciudad financiera”, competitiva y agresiva, con nuevas y específicas formas de segregación social. Los barrios periféricos son separados materialmente, según el nivel económico (viviendas de bajo coste, chabolismo) por barreras tan materiales como las infraestructuras. A veces cruzar una autovía es entrar en un mundo diferente.



La ciudad financiera (Chicago)

Pero el proceso no termina aquí. En los años 90, otra nueva crisis económica permite dar pasos adelante en la transformación del sistema productivo financiero y, como consecuencia, en el desmantelamiento de la ciudad.

Estamos en una transformación compleja del espacio urbano, se habla de “ciudad difusa”, de “terrain vague...” y aunque aún estamos en un proceso de elaboración teórica, es lo cierto que existe una nueva y especial forma del uso del espacio.

Tal como explica Francesco Indovina, se puede detectar un proceso (no espontáneo) de ocupación del espacio, tanto de la residencia como de la industria y los servicios, con notable ausencia de autarquía y aumento de la interdependencia. Estamos en un territorio poco especializado, con baja densidad edificatoria y en el cual los habitantes hacen uso del mismo con absoluta autonomía y sin dependencia de ninguna parte. Hay un alto grado movilidad de la población, sin orientación fija, apoyada en la actividad de unos servicios cualitativamente diversos (además de dispersos) con capacidad de abastecer a esta población (con connotaciones urbano-metropolitanas).

Se puede incluso hablar de que hemos pasado de una ciudad compacta a una red de pequeños y medios centros urbanos con una masa crítica de población y edificación no jerárquica.



Y es aquí, llegados al tiempo presente, donde queremos detenernos para establecer, en términos sintomatológicos, cuatro cuestiones que, a nuestro entender, pueden constituir la base para tratar de entender nuestra ciudad contemporánea. Dos de ellas las calificaríamos como síntomas de desazón y otras dos como síntomas de esperanza.

El primer síntoma es el uso de ciudad como instrumento de poder, por encima incluso de las políticas de estado. Imagen y control financiero basado en el fenómeno denominado como globalización.

La globalización es un proceso complejo, fundamentalmente económico, que consiste en la creciente integración de las distintas economías nacionales en un único mercado capitalista mundial. Sincréticamente podría resumirse en un incremento de la concentración financiera y empresarial, un aumento de la importancia de los sistemas expertos (el conocimiento como factor de producción I+D; prevalencia del control del proceso sobre el producto); la transnacionalidad de la tecnología (medios de comunicación y sistemas expertos); el crecimiento de los oligopolios y, por último, la transnacionalización del poder político-económico. Entramos en la ciudad informacional, que ha dicho Manuel Castells.

Sin embargo, la globalización también tiene contenidos más amplios en el orden social, y una de sus principales ca-

racterísticas es el incremento de los flujos culturales de forma unidireccional; el culto al consumismo y la desnaturalización de las etnias. Todo lo cual lleva a resultados que van desde la uniformidad de la cultura, hasta la destrucción de cualquier elemento distorsionador de este proceso uniformizador, sea de carácter específico o local.

Es, hasta cierto punto, un proceso autónomo que no depende de la dirección organismos públicos sino del avance tecnológico, especialmente en el de las comunicaciones en tiempo real y en el control del conocimiento. En este sentido, la globalización es percibida, por la ideología dominante, como un proceso natural, dentro de la cual los gobiernos locales deben asegurar a sus ciudadanos el que puedan aprovecharse al máximo de ella.

Andy Thornley, ha analizado en este contexto el papel que están jugando las “ciudades globales”. Éstas han asumido que para obtener una ventaja competitiva necesitan ganar a sus competidoras en el juego de atraer inversión local de los actores punteros de la nueva economía globalizada.

Como dice David Harvey, esta postura empresarial tiene una visión de la ciudad como de un producto que hay que comercializar. Por ello, este esfuerzo está orientado a atraer las sedes o las divisiones regionales de compañías internacionales, sobre todo del sector financiero.

Esto produce una coalición entre aquellos intereses económicos que están orientados hacia el exterior y los elementos de gobierno local que se beneficiarían de la atracción de funciones de ciudad global. En consecuencia pueden interpretarse estos intereses como parte de una nueva “clase de élite”, la cual llega a dominar la agenda de los gobiernos locales.

Espacialmente nos encontramos con las llamadas nuevas “áreas de oportunidad” (centros de comunicaciones o zonas industriales obsoletas) destinadas a protagonizar la nueva imagen. Casos típicos tales como los Docklands de Londres o Rotterdam o de ciudades como Sídney o en el sureste asiático con ciudades como Singapur, Shanghái, etc. Espacios urbanos en los que se mezclan destinos urbanos de ocio con zonas atractivas desde el punto de vista de la localización de las oficinas de “vanguardia”, en general con una arquitectura espectacular y en altura, para expresar con mayor énfasis su presencia.

Y en los alrededores, una clase media que se extiende de forma uniforme hasta donde se pierde la vista.

Pero esta ciudad neoliberal y globalizada lleva consigo un preocupante *segundo síntoma* como es el de la intensificación de nuevas formas de segregación urbana, más complejas y que afecta a toda la sociedad en su conjunto.

Tal como dice Peter Marcuse, este fenómeno se manifiesta con la creación de muros que crean “ghettos” dentro de la ciudad y que funcionan de la misma forma que murallas carcelarias, como control restrictivo de la población. Es una respuesta al problema de las víctimas del cambio económico: segregarlas, confinarlas y evitar cualquier daño que puedan causar a otros. El enfoque represor funciona por encima y por debajo de la línea de la jerarquía económica. Tanto los que están en la cima, como la clase media de profesionales y técnicos se preocuparan también de su separación del resto. El resultado es “la ciudad cuartel”.

Los nuevos cambios de poder y riqueza, sigue diciendo Marcuse, se manifiestan por lo menos en cinco tipos de personas: para los propietarios de riqueza y los poderes fácticos se produce un incremento de riqueza; en cuanto a profesionales, técnicos y empresarios, los ganadores –junto a la mayoría de propietarios– en el proceso de cambio económico, se produce un aumento en la renta y privilegios que a veces va acompañada de algo de inseguridad respecto al status; para la añeja clase media, funcionariado, proletariado y semiprofesionales, un descenso en los ingresos y una pérdida de status y seguridad; para el viejo proletariado, una erosión continuada de su nivel de vida y una disminución tanto de su poder económico como de negociación y, lo más importante, respecto a los excluidos y marginados, los pobres perennes, serán excluidos

cada vez más de la corriente económica, ya no son considerados ni como “ejército de reserva de desempleados”, no existen perspectivas perceptibles a largo plazo de mejorar su condición a través de los canales económicos normales y significan una amenaza para aquellos que están en una mejor oposición.

El mecanismo social que se basa en la tendencia a estigmatizar a las víctimas sirve como medio diferenciador. La selección de víctimas es un determinante central de las políticas que un estado debe adoptar. Y no solo por cuestiones económicas sino racistas o religiosas como son los casos de Belfast o Jerusalén.

El viejo “Welfare State” resulta un enfoque caro y nada popular para un sector bastante amplio de la sociedad. Si una estigmatización en alza puede ahorrar algún dinero mediante la justificación de la represión, sin arriesgar la pérdida del control social, entonces se convierte en una alternativa susceptible de ser elegida.

Por eso la separación espacial, la “ghettización”, aumenta la posibilidad de que se produzca, de manera drástica, un cambio sustantivo en la concepción social de la ciudad contemporánea.

Pero como decíamos más arriba, existen coetáneamente otros síntomas. El *tercer síntoma*, esperanzador este, es la cre-

ciente demanda de participación social en la planificación y construcción urbana. Lo que se denomina el urbanismo participativo.

Este movimiento tiene un trasfondo filosófico basado en los escritos de Jürgen Habermas, entre otros los referidos a la teoría de la comunicación, donde se trata de recuperar éticamente el concepto de ciudadano, dentro del proceso político al que estamos sometidos.

Nace así una especie de sociedad de la resistencia a los cambios neoliberales y de recortes de libertades y que se manifiesta en todos los órdenes de la actividad social, al margen de las instituciones políticas.

Porque será importante que los políticos –y aun los expertos– tomen consciencia de que no pueden subvertir las necesidades de los ciudadanos. Son ellos mismos, los ciudadanos, quienes las han de definir. No se deberían inventar o tratar de interpretar en abstracto (en el conciliábulo de un *grupo de elite*) esos problemas porque, para empezar, es ilegítimo en una sociedad democrática.

Será necesario comprender que el espacio circundante (construido o no) es un patrimonio social. La herencia que dejamos a nuestras futuras generaciones y, por tanto, nadie a título personal, ni de grupo o partido, tiene el derecho a decidir sobre el mismo. Cuando se habla de la gestión de los recursos,

mediante la planificación del territorio, debe entenderse que quien gestiona no es solo la administración, ni los políticos que la representan –no muy bien en muchos casos– sino la sociedad en su conjunto.

No existe el “interés público” como una cuestión abstracta. Interés público es el conjunto de los intereses individuales articulados socialmente –resueltos los conflictos entre las partes sobre la base de principios de equidad y justicia– y traducidos en demandas concretas que ha de institucionalizarse a través de un planeamiento participativo.



La ciudad de la segregación (Marrakech)

Se desea participar, no solo en las afecciones de las propuestas de la administración (la llamada “información pública”), sino también en los planteamientos iniciales (los objetivos), en el proceso de toma de decisiones (los medios) y en el control de los resultados (la calidad urbana de lo construido).

Patsy Healy, una de las defensoras más cualificadas de esta reivindicación expresa claramente el carácter ético de esta demanda:

... el argumento moral está centrado en la aceptación de la responsabilidad colectiva para gestionar nuestra herencia medioambiental sostenible y en la responsabilidad socio-política para acomodar nuestros hábitos a una diversidad razonable.

La participación, de cualquier forma, no es un problema fácil, porque estamos en una cultura donde los poderes administrativos y/o los técnicos ejercen una especie de tecnocracia que pretende transmitir la imagen de ignorantes para el resto de la sociedad en cuestiones de planificación y ordenación del territorio. Y, así mismo, se extiende una creciente xenofobia contra los emigrantes que, legítimamente, son igualmente constructores de nuestra ciudad multicultural.

Es un problema de educación e igualmente de fomentar la estructuración social. Se debe crear un contrapoder que vigile y haga efectivos los derechos que le asisten a los ciudadanos, frente a imposiciones políticas o tecnocráticas.

Y, por último, un *cuarto síntoma*, muy vinculado al anterior, que se manifiesta como la presencia, cada vez más ostensible, de un amplio sector social comprometido con la búsqueda de un territorio (más que una ciudad) sostenible y medioambientalmente aceptable.

Ramon Folch, ha dicho con mucho sentido, que los mapas temáticos de carácter naturalista suelen prescindir del espacio urbano. Las ciudades aparecen como una mancha sospechosa.

La concepción de la trama urbana, la forma de inscripción de su trazado en el relieve, la disposición y proporción de las calles y de los bloques edificados, el diseño urbanístico de cada barrio y sus formas de sutura con los barrios adyacentes, la conformación de las grandes infraestructura, el tratamiento de las principales arterias y vías de comunicación, el peso, la ubicación y naturaleza de las zonas verdes, (recintos de la vegetación preexistente, parques de nueva planta, pequeños o grandes jardines públicos y privados, el verde intersticial, etc.) son todos elementos cargados de información histórica, política y ambiental, imprescindibles para la comprensión de la realidad

socioecológica global. En definitiva, el espacio urbano es una parte capital del territorio real, con tanta significación ecológica como los bosques o los afloramientos geológicos, tal vez más, incluso.

Obviamente la ciudad como fábrica construida, presenta deficiencias importantes que tiene que compensar con recursos externos a ella misma. Pero que la ciudad no sea autosuficiente no significa que sea necesariamente insostenible.

La gestión ambiental de la ciudad supone compromisos con determinadas necesidades elementales, desde asegurar la actividad socioeconómica, pasando por asegurar la calidad ambiental urbana hasta la necesidad de vertebrar el territorio productivo, evitando la degradación y el deterioro de sus márgenes.

Pero aun hay más, el derecho a la sostenibilidad urbana se debe inscribir en el más general del derecho al medioambiente y debe estar incluido en la relación básica sobre los derechos humanos. Afecta tanto a personas como a colectivos, poderes públicos o privados y siempre ha de ser compatible con el desarrollo de un espacio diverso, sano y ecológicamente equilibrado.



El litoral lacustre de Chicago

Y, de otra parte, debemos estar atentos, porque tal como hemos descrito, en la ciudad contemporánea como territorio difuso, no cabe asociar lo urbano exclusivamente a la idea de ciudad como lugar delimitado y preciso, sino que la sostenibilidad se debe extender a un territorio donde exista la posibilidad de desarrollo de la máxima urbanidad, entendida ésta en todos los sentidos.

Una buena parte de la insostenibilidad de los fenómenos actuales de difusión de lo urbano aparecen cuando se hace pa-

tente el conflicto entre la producción generalizada de lo urbano sobre un territorio *in extenso* entendido éste como mero soporte a colonizar, con los consecuentes efectos de huella ecológica resultado de procesos urbanos sin control más allá de cualquier límite normativo o administrativo.



Para terminar y como conclusión, tendríamos que decir que la ciudad contemporánea se caracteriza por estar en un momento crítico. De una parte, la presión de los poderes fácticos (económicos y depredadores) pero, de otra, la esperanza de que un sector social, éticamente responsable, sea capaz de cambiar el rumbo de los acontecimientos en lo que se refiere a la construcción de la ciudad y el territorio. Habría que mimetizar aquella famosa frase de mayo del 68, “Seamos realistas, pidamos lo imposible”. Que traducido a los términos de nuestro discurso sería algo así como: “Recuperemos nuestra ciudad como condición necesaria para recuperar nuestra condición de ciudadanos”.

Muchas gracias.

Bibliografía

- Brenner, N. y Nik, T. (eds.) (2000). *Spaces of neoliberalism (urban restructuring in North America y Wester Europe)*. Oxford: Blackwell Publisher.
- Castells, M. (1995). *La ciudad informacional: tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza.
- Dobbs, M. (1984). *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Engels, F. (1980). *Situación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Jucar.
- Folch, R. (coord.) (2003). *El territorio como sistema: conceptos y herramientas de ordenación*. Barcelona: Diputación de Barcelona.
- Harvey, D. (2007). *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*. Madrid: Edit. Tres Cantos. Akal, D.L.
- Healy, P. (1997). *Collaborative Planning*. Londres: Macmillan Press.
- Indovina , F. (1993). *La città occasionale*. Milán: Franco Angeli.
- Indovina, F. (2000). La città próxima futura: un nuovo protagonismo istituzionale. *Cartas urbanas*, 6, 44-83.
- Habermas, J. (1991). *Consciencia moral y acción comunicativa*. Barcelona: Península.



Marcuse, P. (2003). El orden espacial de las ciudades en una era globalizadora. *Cartas Urbanas*, 5, 128-164.

Weber, M. (1976). *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva* (capítulo dedicado a la ciudad). México: Fondo de Cultura Económica.

Singer, P. (1977). *Economía política de la urbanización*. México: Siglo XXI.

Thornley, A. (2003). Globalización, planificación urbana y democracia local. *Cartas Urbanas*, 8, 88-103.

ULPGC.Biblioteca Universitaria



927503

BIG 711 CAC esp

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Servicio de Publicaciones